

promulgó desde sus gloriosos senos la santa libertad del nuevo dogma y el derecho de los cristianos á profesar este dogma en público, sin que pudiera perseguirlos como hasta entonces los persiguiera el receloso paganismo; pero, estudiando la monarquía de Constantino, puede muy bien reconocerse que daría cuanta libertad se quisiese á los cristianos, pero que llevaba en sí un espíritu y un organismo de índole pagana, los cuales no alteraron en cosa ninguna el espíritu y el carácter imperial, tales como se los legaran la secular serie de los antiguos Césares. No se puede nunca decir, que fuera la Iglesia una monarquía universal, como pretenden los reaccionarios. Si por un momento estuvo en inteligencia con el poder carolingio, allá por el siglo noveno; y este poder carolingio, le dió piltrafas de feudos para que constituyera una monarquía feudal, esta monarquía no tuvo nunca los caracteres del imperio romano. Aliado el Papa con el emperador, esta frágil alianza duró poco tiempo, porque los carolingios también duraron poco. Y cuando los emperadores alemanes les sustituyeran y reemplazaran, la Iglesia sólo supo estar con ellos en guerra, forcejeando bajo el imperio de los Otones, combatiendo al frente de las repúblicas italianas á Federico Barbarroja y acosando hasta el exterminio la casa de Suavia. La monarquía es pagana, pagana la helénica Macedonia, pagana la mercantil de Fenicia, pagana la cesárea de Roma, pagana, la misma monarquía de Constantino. Y para comprenderlo, detengámonos un momento en presencia de tan excelso emperador.

La traslación del trono del mundo desde Roma á Bizancio, significaba que había muerto la dictadura democrática y revolucionaria de los primeros doce Césares, el gobierno greco romano de los Antoninos, la lucha de los emperadores que pugnaban por el predominio del elemento civil con los emperadores que pugnaban por el predominio del elemento militar, y que comenzaba el despotismo oriental, el despotismo asiático, en una palabra, el despotismo bizantino. La idea clásica se desconcertaba en Bizancio, se olvidaba aquella corrección propia del genio helénico, las proporciones de sus monumentos, la olímpica serenidad de sus estatuas; y bien al revés de la dulce armonía de formas que caracteriza á Roma y muy especialmente á la hermosísima Grecia, alzábase una arquitectura gigantesca y monstruosa, templos y palacios inmensos, estatuas colosales; mezcla confusa de todos los edificios del mundo, intercolumnios áticos, bajo-relieves deformes de Palmira, tortugas y elefantes de granito, monolitos de pórfido y de jaspe, chapiteles de oro, esferas azules sembradas de estrellas de plata, monstruos apocalípticos, ángeles exterminadores, arpías, ibis, grullas sagradas, mil imágenes que de un fondo de varios colores se destacaban por aquellas paredes y cornisas de los monumentos, á cuyos pies hervía una muchedumbre de soldados, de eunucos, de esclavos, de grandes señores vestidos de púrpura recamada de perlas, calzados de oro, coronados de altas tiaras, todos los cuales tenían verdaderamente en muy poco la clásica sencillez romana, y parecían evocaciones de los sápatras y déspotas de Oriente vagando sobre el cadáver del Antiguo Mundo. Pero

lo más notable que señalaba Bizancio no era ciertamente la revolución política, era la revolución religiosa. Aquella ciudad nueva no tenía ninguno de los recuerdos paganos que cruzaban por los ámbitos de Roma. Los cristianos saludaron con júbilo esta traslación que amenazaba de muerte á la ciudad maldecida por el Apocalipsis. La obscura secta cristiana, como la llamaban los paganos, creció tanto, que pasó á ser una secta política. Los cristianos se inclinaban, no á tal ó cual emperador, sino al emperador que les concediese la primera, la más necesaria de todas las libertades, la libertad de conciencia. El mundo se halló dividido bajo el poder de Diocleciano en dos grandes gobiernos, el de Galerio en Oriente, el de Constancio en Occidente. Galerio fué perseguidor, cruel, intolerante; Constancio fué justo, benigno, tolerantísimo. Era aquél la imagen viva del egoísmo pagano; era éste la imagen viva de la tolerancia filosófica. Galerio murió devorado por un cáncer, presa de terribles dolores; Constancio murió tranquilo, bendecido del mundo, regadas sus manos por las lágrimas de los que había libertado del martirio. La angustia de los perseguidores de la nueva idea era tanta, que al morir Galerio promulgó un edicto dando libertad á los cristianos y pidiéndoles que intercedieran por él con su Dios. El genio del paganismo embriagado de sangre, depositaba su cetro al pie de su víctima. Los cristianos nunca abandonaban su idea política, que había de ser parte á darles la victoria. Si el tiempo no apremiase, yo mostraría á las sectas, filosóficas y económicas, que encerradas en su egoísmo empedernido creen no deber bajar á la arena candente de la política, yo les mostraría que sólo en esa arena, muchas veces manchada de sangre está la victoria de los grandes principios, porque las victorias no se alcanzan sino por el dolor y el sacrificio. Así los cristianos tomaron parte en las contiendas políticas de Roma, y sostuvieron en sus predicaciones y en los campos de batalla el César que les prometiese la gran libertad, la más necesaria á su vida, la libertad de su conciencia. ¿Y quien podía darles de esto una prenda más segura? Constantino, el hijo de Constancio Cloro. Por eso los cristianos le sostuvieron en sus luchas con Magencio y Licinio, y celebraron sus victorias.

Es vulgar preocupación creer que Constantino declaró religión exclusiva del Estado la religión cristiana. No; Constantino proclamó la libertad del culto cristiano. Ese fué su título de gloria á los ojos de los cristianos, título grande, porque cuando todas las ideas tienen libertad en sus manifestaciones, la muerte es para las ideas decrepitas ó erróneas, y el triunfo para las ideas progresivas y verdaderas, que en vez de rehuir la luz, la buscan, seguras de mostrar al resplandor del día todas las virtudes. De esta suerte el paganismo, cuyo dogma religioso era que la religión fuese del Estado, para el Estado y por el Estado, recibió honda herida de muerte que sólo pudo conllevar por espacio de dos siglos. Contemplemos breves instantes, pues, á Constantino. Sobre pocos hombres encontraréis juicios más varios en la Historia, según la cuenten los paganos vencidos ó los cristianos

vencedores. Nacido en el paganismo; educado en la filosofía deísta y tolerante de su padre; diestro en las armas, feliz en los combates; déspota oriental que constituyó con sus cortesanos y domésticos las antiguas magistraturas teñidas aún después de la muerte de la libertad por algún reflejo de derecho; no exento de crímenes, pues se manchó con la sangre de su hijo Crispo, de su hermana Constancia, de su mujer Fausta; más político que religioso, su idea fué destruir el paganismo con la libertad de conciencia; su conducta tener el fiel de la autoridad suspenso, entre las dos religiones, aguardando á que el espíritu humano inclinase la balanza del lado de la justicia; y si no leía los libros sibílicos, ni iba al Capitolio, ni sacrificaba víctimas en el ara manchada de sangre, sostenía el templo de Apolo, reglamentaba la adivinación, disponía que se consultasen los arúspices cuando el rayo del cielo hiriese su palacio; se ceñía la corona de encina de los antiguos pontífices para celebrar las victorias del Imperio, pasaba bajo los arcos triunfales coronados por las estatuas de los dioses, daba juegos, verdaderas festividades paganas, encargaba la historia de sus predecesores á Julio Capitolino, fiel observante del pagano culto, ponía el lábaro de la Cruz en las manos de la alada victoria griega; indecisión propia de su tiempo, naci- da del respeto que le inspiraba la gran autoridad histórica de las antiguas creencias; indecisión pasmosa, crepúsculo del nuevo día, que cubre de sombras las plantas de Constantino y tiñe de luz su frente, pues nunca será posible olvidar que al libertar el culto cristiano, apagó las hogueras encendidas en daño de la conciencia humana, aflojó las cadenas de los esclavos, preparó el reinado de la justicia, y elevó al trono una idea perseguida y abominada para que alumbrase como sol del espíritu la vida humana hasta entonces entregada á la esclavitud del materialismo religioso. La conversión de Constantino levanta el problema pavoroso que aún no se ha resuelto y que debe resolver nuestro siglo, el problema de las relaciones del poder temporal con el espiritual, el problema de las relaciones de la Iglesia con el Estado. Notad un momento conmigo dos grandes contradicciones históricas que pasman y maravillan nuestra mente. Constantinopla es en este tiempo la ciudad nueva, la ciudad cristiana; Roma la ciudad antigua, la ciudad pagana. Sin embargo, en la Edad Media Roma salvará la unidad cristiana de la nueva civilización con el Pontificado, y Constantinopla, en el Renacimiento, la unidad y la perpetuidad de la idea antigua con la resurrección de los recuerdos clásica. Roma pagana es el sol de la civilización nacida del Cristianismo, y Constantinopla cristiana es el lecho donde duerme la antigüedad pagana hasta que el Mundo Moderno la encuentra como una de esas momias guardada en los sepulcros de Oriente. Pero en estos momentos que historiamos, Constantinopla y Roma, la una ciudad de los emperadores, la otra ciudad de los Papas, dicen que la religión y el Estado se han separado, que sus esferas se han dividido, y que en su mutua independencia está el ideal de la nueva civilización. La antigüedad no pensó nunca en el problema de las resoluciones del poder civil con el poder religioso. Todo

estaba allí confundido en la unidad absorbente del Estado. Pero el Cristianismo que tantos progresos trajo á la vida, separó estos dos poderes, é hizo de esta suerte imposibles para siempre aquellas tiranías gigantescas, que pesaban sobre la conciencia y la vida y se extendían orgullosas en el tiempo y en la eternidad. La confusión de los poderes creó dos grandes males, así en Oriente como en Occidente, dos grandes males, diversos en la forma, idénticos en la sustancia. El mal de Oriente consistía en que el poder político estaba absolutamente sometido al poder religioso, y de aquí la teocracia en el gobierno, la inmovilidad en el pueblo, el despotismo en todas partes. El mal de Occidente, del mundo romano sobre todo, consistía en que el poder político dominaba por completo al poder religioso, y de aquí la autocracia, la tiranía de un hombre que llenaba el cielo y la tierra, y se tenía así mismo por un Dios. El Mundo Antiguo había caminado entre dos abismos, entre la autocracia y la teocracia. Estos dos abismos se evitaban con la siguiente solución; la unidad política del mundo en Constantinopla, la unidad religiosa del mundo en Roma. Pero, las dos ciudades fueron á su idea infieles en la sucesión de los siglos. Constantinopla aspiró á la autocracia, á tener la conciencia religiosa esclava del Imperio. De aquí su cisma escandaloso que rompía la unidad del Mundo Moderno, de aquí su corte convertida en academia teológica; de aquí aquellos sofismas que cortó la cimitarra de los turcos. Roma no se contentó con la autoridad religiosa que de derecho le pertenecía; aspiró á una autoridad política, á un poder inmenso, á la monarquía universal autocrática, idea que nace con Gregorio VII, que crece con Inocencio III, que muere con Bonifacio VIII. Pero de esta ambición desmedida de Roma provino el que los pueblos y los reyes se alzarán juntamente en su daño y le usurparán bajo el nombre de regalismo, galicalismo, leyes josefinas ó leopoldinas, gran parte de su autoridad religiosa. Es necesario, pues, en este momento en que tal vez se resuelve el problema de quince siglos, que pueblos y reyes renuncien á esas regalías, eternas argollas de la Iglesia; que la Iglesia, á su vez, renuncie á aspiraciones de retroceso hacia el poder político, arrancado á sus manos por la corriente de las ideas del siglo, á ese poder político última sombra de la Edad Media, residuo del polvo feudal caído sobre la tiara de los Papas; y así Roma continuará siendo perpétuamente de los romanos, sin desdoro ni detrimento del poder espiritual de los Papas más soberanos de los espíritus, cuanto menos reyes sean de la materia; y será libre la Iglesia con aquella libertad divina que predicaran los Atanasios y los Ambrosios; y la hermosa Italia, la nación antes mutilada por tantos reyes como iban á buscar la luz en su cielo y la inmortalidad en sus artes, guardará su capitalidad natural; y se darán el ósculo de amor la Iglesia y la libertad moderna; y el mundo entero se regocijará; y saldrá de todos los labios un *Te-Deum* sacratísimo que repitan todos los tiempos y todas las generaciones, porque habrá sonado la hora más gloriosa, la hora más santa de la civilización; la hora bendita que está destinada á ver la paz de todos los pueblos civilizados en

el regazo del Cristianismo, renovándose por un milagro semejante á la conversión de Constantino, la libertad de la Iglesia.

He insistido en determinar los orígenes, puramente paganos de la institución monárquica, porque acercándonos en el relato nuestro al minuto crítico en que la Europa culta se rinde á la Francia republicana y la Vendée oscura y reaccionaria se levanta contra la Francia republicana, pueda el crimen de la región reaccionaria en toda su enormidad estimarse; y ya estimado, maldecirse con las maldiciones definitivas y supremas; que necesita emplear en sus fallos inapelables, el sacratísimo tribunal de la humana historia. Se comprende con facilidad y hasta cierto punto se justifica el proceder de los antiguos militares fieles á sus banderas, en que brillaba como un sol sin ocaso el mágico nombre de la tradicional realeza y del rey que la personificaba; se comprende y hasta cierto punto se justifica el proceder de la feudalidad y de los caballeros feudales reaccionarios, al agruparse todos en torno de la corona tradicional, verdadera clave de sus fortalezas y de sus privilegios; se comprende y hasta cierto punto se justifica, que tantos empleados del antiguo régimen, cortesanos, gentiles hombres, alcaballeros, poseedores de juros, dueños de cédulas sobre las arcas del Tesoro real revestidos de honores, condecoraciones y títulos, pelearan y murieran por conservar un estado político estimado en sus respectivos conceptos como un estado natural; pero no se comprende, no puede justificarse de ninguna manera, el proceder de los clérigos vendeanos, levantándose después de predicar en las iglesias los dogmas igualatorios del cristianismo, después de proclamar la libertad humana y la fraternidad universal, después de repetir los anatemas bíblicos y evangélicos lanzados por la divina palabra sobre los reyes, levantándose como he dicho, á nombre de Cristo contra las consecuencias más lógicas é inmediatas del cristianismo, contra una democracia y contra una república cristiana. El monarca y la monarquía, eran producción del paganismo y en el paganismo se sustentaron, como acabamos de mostrar ahora. Paganos los emperadores de Asiria y Media; paganos los faraones del Nilo, paganos los reyes de Tiro y de Sidón, opuestos á la ciudad divina y á la Biblia revelada; paganos los conquistadores helenos como Filipo y Alejandro; pagano el fundador de la monarquía romana Julio César, y el organizador de esta monarquía Octavio Augusto; pagano Constantino, que si bien proclamó la libertad del cristianismo, redujose á calcar sobre el imperio de Occidente, idólatra, monstruoso y enorme, su oriental imperio; mientras cristianas las Catacumbas donde se reunían los fieles en una república espiritual á reivindicar los derechos de la humana conciencia; cristianos los prelados católicos que detenían á Teodosio en sus crueldades y con juraban la cólera de Atila; cristianas las primeras comunidades religiosas de los benedictinos rehabilitando el trabajo y oponiendo los principios igualatorios de las democracias á la conquista y á la guerra; cristianos los municipios que salieron de las Cruzadas y quebrantaron sobre las tierras de los propios las cadenas de los siervos del antiguo feudal

terruño; cristianas las ciudades itálicas que compusieron la federación lombarda y humillaron á los emperadores de Alemania; cristianos los grandes profetas demócratas, Francisco de Asís, Antonio de Padua, Jerónimo Savonarola; cristianas las cortes y todas las instituciones parlamentarias de los pueblos medioevales; cristianos los concilios de Basilea y de Constanza que combatieran el absolutismo eclesiástico; cristiana la filosofía moderna y el moderno pensamiento; cristianísima la declaración de los derechos del hombre y las ideas sublimes contenidas en el movimiento creador á que llamamos revolución francesa, bendecido y aclamado por todas las generaciones. Así debemos declarar que no tenía derecho alguno el clero vendeano para levantarse contra la libertad y la patria, porque la libertad y la patria sacudieran el régimen pagano de las antiguas monarquías al entrar en el régimen católico de la democracia y de la república, preparado por los profetas israelitas y definido por los santos padres, llenos de tendencias, no ya democráticas, no ya republicanas, de tendencias comuneras y socialistas. Así cuanto más contemplamos el combate religioso de la Vendée al nuevo régimen, menos lo comprendemos. Ciertamente que la revolución había desamortizado los bienes eclesiásticos; cierto que había impuesto condiciones vejatorias al clero y lo había organizado á su guisa sin curarse de si para ello tenía ó no perfecto derecho; pero todo esto podía perdonarse por el clero en un período de revoluciones, con la seguridad completa de que debería corregirse y enmendarse con facilidad y fortuna, excepto lo relativo á la desamortización, que no tenía remedio, en un período de sabias y meditadas soluciones. Todo el mundo puede apelar á la guerra, dado que tan bárbara ley reina lo mismo sobre la superior especie humana que sobre las especies inferiores en las escalas animales; pero si todo el mundo puede apelar á la guerra, siquier sea siempre bárbara y criminal, no puede apelar á la guerra una clase como el clero, habituada todos los días á entonar entre los acentos del órgano y las humaredas del incienso, ante las aras sacras del altar católico, este sublime cántico: «¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!»

No miramos lo que pedía del clero vendeano su ministerio y oficio. Nada más contrario á la guerra que la dignidad del sacerdocio. Los sacerdotes han venido á enjugar lágrimas, no arrancarlas; han venido á curar heridas, no á enconarlas; han venido á poner paz entre los combatientes, no á soplar sobre sus pasiones desatentadas, cóleras apocalípticas. Cristo mandó sus apóstoles entre los hombres cual ovejas entre lobos, no pudo mandarlos cual lobos entre ovejas. Todo predicador verdaderamente moral, aconsejará la paz y el orden domésticos á las familias cristianas. Su verdadero saludo cuando cruza por las calles y le piden los transeúntes piadosos su bendición, debe ser: «la paz del Señor sea con vosotros.» Y así nuestra santa liturgia, la maestra y soberana liturgia de nuestras misas, pondrá el ósculo de paz y el abrazo de fraternidad entre los celebrantes á la hora de consumir la hostia y beber el cáliz, indicando que la religión cristiana en su esencia,